

## **LA INQUISICIÓN EN LA VILLA DE ÍLLORA (Granada)** **LA PERSECUCIÓN DE LA HETERODOXIA**

### **LA INQUISICIÓN ¿HA DESAPARECIDO?**

La desaparición de la Inquisición, en una adaptación a los nuevos tiempos, es una cuasi-burla para una sociedad que debería manifestarse abiertamente laica en estos tiempos.

A pesar de su supresión en el año 1834, la rémora inquisitorial de la intolerancia y la represión nunca abandonaría a la Institución eclesiástica en gran parte del mundo católico. Pero en España, la tradicional España, la convertida a fuerza de instrumentos de tortura y persecuciones, el ostracismo fue mucho más intenso. Tanto, que lejos de permitir a aquellos a los que condenaba a desaparecer del ámbito y el entorno del que fueron expulsados, los persiguió hasta los confines de la tierra. Es decir, el destierro de los sospechosos de herejía no era suficiente castigo para la institución eclesiástica católica. Debían eliminarlos. ¿A qué se debía tanta saña? ¿El sistema financiero por el que los judíos habían prácticamente hipotecado la corona Española a base de préstamos y las ayudas que prestaron a los reyes para su legitimización y para el viaje de Colón? ¿Su elevada cultura por la que alcanzaban posiciones privilegiadas que eran la envidia de muchos castellanos deseosos de tan codiciados puestos? ¿Las riquezas que confiscaron a los musulmanes una vez expulsados de sus hogares cuando invadieron Granada y que sirvieron para sufragar las subsecuentes expediciones a América de la cual también obtuvieron sumas enormes en oro con el que convertir a España en un Imperio? Impresionante imagen: La España Imperial renacentista, la antaño colonizada por decenas de pueblos mas no invadida hasta que los romanos usaron el exterminio como control político. La Iberia de férreos guerreros, carne de guerra que junto con sus mujeres conformó el panorama de la esclavitud latina con la que se forjó el Imperio romano... aquella misma Iberia, Hespérides, Hispania, España, se había convertido en otro Imperio, esta vez con denominación territorial propia. No habíamos aprendido nada entonces, tal y como hoy seguimos sin aprender.

Nuestros íberos, nuestros judíos y musulmanes, todos ellos nativos, terminaron asesinados, expulsados o conversos a base de acoso y tremendas amenazas, hasta el grado que muchos de los conversos se erigirían como los más acérrimos defensores de sus nuevas creencias para alejar de ellos la duda sobre la autenticidad de su conversión. Algunos de ellos llegaron incluso a erigirse como los más crueles e injustos inquisidores. Se cree que entre ciertos afamados torturadores los había de origen judío o descendientes de ellos como Tomás de Torquemada, el confesor de la Reina Católica, a quién se atribuye la quema de unas diez mil personas y penas infamantes a más de cien mil. El rey Fernando el católico era biznieto de judía. Existe la hipótesis de que hasta el mismísimo

Hitler era descendiente de judíos. De ahí su necesidad de borrar cualquier huella que pudiera denotar su origen –como el que “el Führer” estaba circuncidado- y mostrar la peor cara de la crueldad humana.

La Inquisición se fundó para imponer al mundo medieval una única y exclusiva manera de pensar, de conducirse, de obedecer, en vista de la cantidad de fórmulas místicas y espirituales que le hacían la competencia. Es tétricamente similar a lo que sucede con el actual sistema establecido y del que nadie en el occidente político puede ya escapar. Es el que rige la moral civilizadora de occidente. Este orden procede directamente del beneficio que los grandes consorcios, sobre todo norteamericanos, han implantado en nuestras sociedades, antaño mucho más tradicionales y elevadas moralmente, para convertirlas en una copia absurda de la forma de vivir de estos países sin cultura y contruidos al vapor sobre valores inexistentes y en los que la obtención del capital se ha constituido como el único fin al que debemos aspirar. Estos métodos son los propios del mercado, la sociedad de consumo, las hamburguesas y la comida chatarra que ha desplazado a la gastronomía tradicional de cualquier parte del mundo, contaminando nuestras cocinas con la “fast-food” que han provocado severos problemas de salud. Los refrescos, las series televisivas que restringen la capacidad de raciocinio del ser humano y nos obligan a comportarnos como seres de culturas extrañas a las nuestras, al tiempo que indican –subrepticamente- la moda y la música que debemos consumir. Un estadio cuidadosamente pulimentado para convertirnos en usuarios de basura, y a su vez en esclavos de un sistema que no somos capaces de reconocer pero que nos ha empobrecido mental y económicamente. Es tal la transmutación sufrida, que hemos abandonado nuestra propia cultura para adoptar la americana. Hemos hecho de sus fiestas las nuestras, de su modo de vida la nuestra. Pareciera como si la civilización occidental tuviera que regir al mundo y que no pudiera existir otra forma de vida. Entonces llamamos atrasados a aquellos que todavía no la han adaptado. O bien bombardeamos aquellos lugares que consideramos “peligrosos” por el simple hecho de ser o pensar diferente, sin entender que sólo es producto de la enajenación mental y la manipulación política con que quieren nuestros gobiernos, convencernos de la veracidad de nuestra forma de vida y de la falsedad de cualquier otra. Volvemos a cerrar el círculo. Los romanos nos lo impusieron, los Reyes Católicos la reforzaron y el occidente (Estados Unidos básicamente) la remata.

Volviendo al origen. En cuanto al antiguo parámetro religioso, después de siglos de haber estado luchando a brazo partido por conseguir un lugar preponderante en la cima del poder, la Iglesia católica no podía darse el lujo de perder a los adeptos que le daban vida, razón y riqueza. Los organismos administradores de las palabras de los profetas, hombres extraordinarios, confiscaron su ideología pura y sana para convertirla en una tumba sobre la que reposaban cúpulas de riqueza y podredumbre moral en un incesante girar de corrupción y mentira con el único ánimo de controlar a la masa y amedrentarla con un futuro, más allá de la vida, de eterno y extremo sufrimiento caso de no obedecer a sus dictados, por

más falsos, aberrantes, crueles y bárbaros que éstos fuesen. No obstante la iglesia estuvo ligada al poder desde que la religión católica nació como tal. El papa siempre ha estado por encima de reyes y mandatarios hasta que algunos de ellos lograron sacudirse su yugo sólo para someterse a otra precaria fórmula de moralidad, como fueron la protestante o la calvinista, que aunque ciertamente prometían mejoras sustanciales en cuanto a la recuperación de la espiritualidad, finalmente no lograron, en gran parte, corregir las graves carencias e inmoralidades de la religión a la que pretendieron reformar. (El mismo Calvino condenó a la hoguera al médico aragonés Miguel Servet por disentir de la existencia de la Santísima Trinidad)

Así, contra esta ristra de ramales cristianos discordantes y otras fórmulas religiosas mucho más antiguas y puras, a base de persecución y garrote eran puestas en jaque las consideradas herejías, se imponía el catolicismo y nacía la temida Inquisición. Si como alegan algunos, fue su origen el de enseñar y guiar, muchos de los condenados en años posteriores se preguntarían en su infortunio hacia dónde pensaban los inquisidores guiar a un pueblo que ya tenía cultura, conocimiento y creencias propias, tan legítimas como otras y mucho más avanzadas en todos los campos, además de progresistas, respetuosas y tolerantes ¿Por qué habrían de obedecer los dictados de otra religión, de una en concreto que les era impuesta a pesar de contradecir sus propios dictados? ¿Acaso era imposible la convivencia tal y como se había practicado durante siglos entre culturas de todo tipo en diversas partes del globo?

Es de destacar que hasta el nacimiento del cristianismo, los antiguos pueblos politeístas convivían entre ellos en un ambiente de pleno respeto, hasta el punto de haber adaptado los dioses de unos a otros, así como muchas de las costumbres. Sólo el ateísmo, independientemente de la nacionalidad o religión del ciudadano, era mirado con malos ojos en determinadas sociedades como la ultra nacionalista romana que no perdonaba ciertas creencias y prácticas de muchas naciones, a las que consideraban “bárbaras”. No obstante barrieron con toda la cultura de los pueblos a los que invadieron. Nacido el cristianismo e impuesto a rajatabla por los imperialistas romanos, ya no hubo vuelta atrás. Aquellos vencedores del Mediterráneo que marcaban con pie de hierro allá donde llegaban, no permitían más que su voluntad y sólo la suya. Recibimos en herencia la lengua, la ideología, La política, la cultura, el comportamiento y la marca social, el pensamiento, la religión, el jerarca y la capital del mundo: Roma –a pesar de una breve ruptura con el oriente bizantino que no logró derrocar el sistema- Todo ello impuesto a filo de espada. El medievo europeo, por supuesto, como hijo bastardo de aquella intolerancia y tanta matanza, heredó la fórmula para no perder nunca más el poder, para lo que debía ejercer su imposición por medio de la fuerza y amenazas espirituales con las que aterrorizar, preferentemente con el mundo sobrenatural y su terrible horno eterno –en vista de las tremendas condiciones de vida de la mayoría de la población, poco les importaría perderla, había que ir más allá, amenazando con el castigo más allá de esta vida de infortunios, la eternidad-

Cabe la posibilidad de pensar que de no haber provocado un dolor tan profundo en la población autóctona de todos los países donde la Inquisición ejerció su influencia, nuestra sociedad en su pluralidad, podría haber sido mucho más tolerante, rica, feliz y próspera, donde tanto las lenguas como las religiones y por ende la diversidad cultural, se hubiese aglutinado en un terreno humano sano, armonioso, equilibrado. La órbita encajada en el cosmos de la variedad. Pero el ser humano no es así. Y nuestra evolución nos demuestra que cada vez somos peores. Cada vez más corruptos, más codiciosos, más deshumanizados, más intolerantes. Prueba de ello es que, aunque la Inquisición haya desaparecido, sus métodos siguen estando en boga. Hoy día, en un recorrido por el mundo nos encontramos con barbaries y torturas similares a las de antaño, cuando los considerados criminales eran aquellos rebeldes capaces de enfrentarse a la imposición establecida. A los reformadores como lo fue el mismísimo Jesucristo, o Moisés, o Mani o Buda o Mahoma, mientras los grandes jerarcas gozaban de total impunidad, tal y como hoy se castiga al juez, al periodista o al ciudadano que indaga en los delitos de alto standing, atreviéndose con poderosas corporaciones o gobiernos fraudulentos capaces de hundir países completos por intereses propios.

En la actualidad se sigue procesando a seres inocentes y se ocultan las cloacas del poder eclesiástico, probablemente porque ejerce sobre nosotros un poder casi mágico que nos impide verlos como humanos de nuestro nivel. ¿Por qué son capaces de seguir manejando desde el poder político? ¿Cómo es posible si la Inquisición desapareció –supuestamente- hace unos trescientos años? ¿Dónde reside esa influencia tan poderosa? ¿Cómo es posible que sigamos creyendo en una élite eclesiástica de fasto y boato, falsa, criminal y vergonzosa a la que se ha requerido desde todas las órbitas, arrepentirse de sus terribles pecados y pedir perdón por sus crímenes contra la humanidad?

Las guerras siguen siendo un sucio juego de intereses económicos y cobardes sin que la Iglesia reclame un final. Muy al contrario, parecieran complacidos con la evolución bélica, sobre todo cuando sucede sobre países de doctrina diferente a la católica. Se acallan las voces de los niños abusados y violados por sacerdotes que tienen prohibido el sexo entre otras muchas actividades propias y naturales del ser humano. Se impiden las apostasías, que pudiera parecer cosa menor, pero para una religión tan en entredicho como la católica, sería como lanzar la primera prerrogativa para que millones se lanzaran a apostatar. No pueden, además, tolerar la pérdida de creyentes, incurriría en la necesidad de aceptar lo inaceptable y lo que es más importante: las remesas monetarias que recibe la Iglesia del Estado por cada feligrés contenido en los libros de bautismo.

Civilizaciones supuestamente tan avanzadas como la estadounidense, aunque su desarrollo se haya basado en la herencia romana del poder de la fuerza (esta vez su truculencia los ha hecho idear la invasión cultural, político-capitalista y económica en la que hemos caído como chinches y que rige nuestras vidas) han

permitido y mantenido a sociedades criminales con fondo religioso muy marcado que asesinaban a inocentes por el color de su piel, como el Kukuxklán. Los más terribles genocidios que se han cometido en la historia de la humanidad tienen fecha muy reciente: pocos, muy pocos, se han hecho eco del abominable exterminio de la pacífica sociedad de los bosquimanos en Sudáfrica por los Boers holandeses, permitida por los ingleses, para apoderarse de sus pastos y sus fértiles tierras. Un terrible acto de proporciones tan infames que no existe palabra para denominarlo, tal y como las matanzas de bantúes posteriores y el racismo a que sometieron a los supervivientes. Hoy se siguen manteniendo a seres humanos en reservas indígenas de Estados Unidos y Canadá, alcoholizados para que no reclamen sus derechos. Las guerras y crímenes en África, Asia, América latina y Oceanía, auspiciados por países europeos colonizadores que dejaron una profunda huella criminal. El genocidio en América Latina tras la conquista en nombre del catolicismo. No contentos con la aniquilación de 6 millones de seres humanos en la segunda guerra mundial, ante lo que la Iglesia hizo oídos sordos, hoy día se construyen los campos de concentración más grandes jamás concebidos y muros que aíslan a grupos de palestinos a los que se bombardea en un acto de genocidio sin parangón, con el beneplácito de los países de origen católico de Europa y América. Las guerras contra los países más pobres del mundo, bombardeados cobardemente por poderosos de sofá que toman decisiones sobre la vida y la muerte de millones con la excusa de la protección, cuando la realidad es mucho más simple y despiadada, la rapiña de las riquezas de sus países. Los aborígenes australianos, Corea, Camboya, Vietnam, Argelia, Irak, Afganistán, Libia, Ruanda y Burundi, la antigua Yugoslavia... Verdaderas aberraciones, por mencionar sólo algunas, sobre las que la Iglesia no se ha pronunciado, y en caso de haberlo hecho, ha sido una simple mención sin más intervención ni manifestaciones o convocatorias por la paz. No, luchar contra la injusticia sólo es propio de personas verdaderamente comprometidas, como lo fue Jesús de Nazaret, muchas de las cuales han muerto, como él, en el intento. ONG, o individuos que se han colocado delante de los tanques para salvaguardar la vivienda de palestinos o defender la paz...

Podría resultar exagerado, pero no lo es. Estas abominaciones siguen sucediendo, y podría afirmarse que en proporción son aún peores que las calamidades del pasado porque supuestamente hoy tenemos instituciones para evitarlo, somos más "conscientes" y hemos superado aquellas largas y terroríficas etapas de infamia. Es parte de la herencia de la Inquisición. Y es que no ha habido pueblo más cruel y genocida que el de cultura basada en la religión católica, que ha cerrado los ojos ante tanta injusticia y crueldad humana.

Con una calumnia como fundamento construyeron una nueva jerarquía políticamente dominante que reescribió los evangelios para exigir la conversión de un débil Constantino a la nueva concepción religiosa que tendría como tema principal la inclusión de un nuevo miembro divino: La Santísima Trinidad. Si la iglesia oficial pasó entonces a denominarse católica, una vez adoptada por los romanos, sería católica romana. Todo un entramado de cultura (o incultura) y

ultra-nacionalidad tendente a la unicidad clasista y racista del ente dominante con el que someter al “bárbaro”. (Considérese a éste cualquier otra forma religiosa imperante en cualquier parte del mundo) En su nombre se aniquilaron a los arrianos, los maniqueos, los cátaros; se han quemado brujas, sediciosos, hambrientos, se han cometido genocidios, se ha expulsado a población autóctona de las tierras invadidas, y en ocasiones hasta a los nativos convertidos a fuerza de miedo o de las armas, al credo católico por simple codicia o para expulsarlos de sus lugares de origen, de su tierra.

En medio de la barbarie de las cruzadas se inició la farsa de la elaboración de reliquias fraudulentas para la fundación de iglesias, pero sobre todo para legitimar la ocupación de las tierras de medio oriente en nombre de una religión que se dice proclamadora de la paz y la justicia, pero que lejos de enviar un mensaje de paz, enviaba soldados y todo tipo de proscritos que huían de la justicia de Europa, a aniquilar pueblos que nunca habían supuesto peligro alguno, ni nunca habían atacado al mundo católico. Muy al contrario, en aquellas poblaciones a las que los cruzados entraban, encontraban tres credos diferentes pero de un mismo origen semítico en pacífica armonía y convivencia. En nombre de la religión, pero sobre todo en nombre de la obtención de riqueza, poder, tierras y cuanto estuviese al alcance de sus garras, robaban, arrasaban y asesinaban. Hemos sido los mejores herederos del Imperio Romano y hasta los hemos superado en crueldad, lo que resulta verdaderamente inaudito.

**-ooOoo-**

Antonio Verdejo Martin  
Laura Fernández-Montesinos Salamanca  
Depósito legal: GR 1474-2015